

Ritual y cosmología del pueblo chatino

James Greenberg

Blanco arriba, blanco abajo,
En medio amarillo; un huevo.
Blanco arriba, blanco abajo,
En medio agua: un coco.
Un pedazo de jabón flota en
Una jícara de agua: la luna.
Semillas de chile flotan en una jícara
de agua: las estrellas.

Desde el punto de vista literal, han existido cientos de descripciones acerca de las doctrinas y rituales que se llevan a cabo entre los indios mesoamericanos actuales, pero muchas no hacen más que señalar los rasgos precolombinos sobrevivientes, “ídolos detrás de los altares” y extraños sincretismos de creencias nativas y católicas. La suposición general es de que después de casi 500 años de cristianidad, represión eclesiástica y colonialismo, no pueden sobrevivir más que unos cuantos “huesos” del ancestral cuerpo de creencias. Esta es en sí la impresión que tuve al principio de mi trabajo de campo entre los chatinos. El catolicismo parecía permear todo. Fue sólo hasta después de realizar un trabajo extensivo, que me pude dar cuenta de que aquello que yo percibía como “huesos”, eran la carne y el hueso de la creencia chatina y que el “catolicismo” había sido completamente re TRABAJADO y resintetizado en términos de los nexos preexistentes del ritual y las doctrinas.

La razón para estas resíntesis [...] fue que el catolicismo de la conquista española, no sólo santificó al régimen colonial, pero en comparación a la religión nativa fue ecológicamente vacío. En contraste con la cosmología de la metrópolis española, las cosmologías y rituales nativos fueron construidos sobre principio de reciprocidad y redistribución. En un sistema predicado sobre intercambio asimétrico, la reciprocidad y la redistribución tenían poco sentido. Más aún, el capitalismo no es en particular



sensible a sus consecuencias ambientales locales. Las comunidades indias no sólo tuvieron que proteger sus tierras del ataque furioso de la economía de mercado, sino que también tuvieron que protegerse a sí mismos de la ideología del individualismo implícito en el nuevo orden. Esta postura defensiva condujo, a las comunidades nativas, a retrabajar, a reinterpretar y a ecologizar, como fuera, la “nueva religión” en términos de la cosmología nativa preexistente.

El cosmos chatino es concebido como un sistema ecológico, en el que los seres humanos, los animales, los espíritus, los ancestros y los sitios geográficos alteran e interactúan uno con otro, con el objeto de mantener el equilibrio en el universo. La conformación general de este universo está ilustrado en las adivinanzas que sirven de epigrama para este capítulo. El universo, como un huevo cósmico, está compuesto por tres estratos principales: blanco arriba: el cielo; blanco abajo: el inframundo, y en medio, la tierra: una isla rodeada de mar. Como una cáscara, el circuito del Sol, a través del cielo y del inframundo, delimita el universo. El cielo y el inframundo están, a su vez, subdivididos en estratos. El cielo está concebido como tres domos en forma de tazón. El aire es el primer y el menor. Arriba del aire, en el segundo estrato, la Luna y las constelaciones viajan a través del cielo. El tercer domo está marcado por el curso del Sol. Más allá del universo, en compañía de los santos católicos, se encuentra Dios, sentado, fijo e inmóvil, sosteniendo el universo en sus manos. El inframundo está dividido, de modo similar, en dos estratos cóncavos, el más cercano de los cuales es *kabil xa*, un reino que es mitad océano, mitad tierra, y morada de diversas deidades, así como del demonio y sus esbirros. Debajo de este estrato o al otro lado del océano del inframundo esta *xka la'a*, “el otro lado”, la tierra de la muerte.

Conectando a los diversos estratos del cielo y del inframundo con la tierra están numerosas *tu*, “puertas”. A través de las cuales los diversos espíritus y deidades pasan entre los estratos del cosmos. Cada dios parece tener su propia puerta. Por ejemplo: *bo'o*



kwicha y *ho'o ko'*, los dioses del Sol y la Luna, tiene su *tu* en el mar; *tu ho'o*, literalmente “la puerta de los dioses; el dios del viento, *ho'o kwi'i*, tiene dos profundas ventanas como hoyos, sobre la ruta de Miahuatlán, como su puerta; el dios de la lluvia, *ho'o ti'yu*, tiene su *tu* en un manantial llamado *tu xkwa*, “hoyo de peaje”. Las cavernas, *tu keye*, sirven como puertas para *ho'o ki'ya* y *ho'o si'q*, los dioses de la montaña y del bosque, respectivamente. El diablo, *ku ne'xe'q*, también tiene su *tu keye* como puerta, al igual que la Virgen de Juquila.

Las “puertas”, como podría esperarse, son entradas a “casas”. La “casa”, de hecho es una metáfora clave dentro del pensamiento chatino. La palabra para casa, *no'o* (1) y la palabra para cuerpo, *no'o* (2), difieren sólo en tono. Puede argumentarse que la casa, como un ícono, representa el cuerpo. Partes de la casa y partes del cuerpo son nombrados por los mismos términos. Las casas tienen cabezas, espaldas, costados, pero más importante aún, tiene *cryasa*, “corazones”. El corazón de una casa está en su centro. Tener un corazón significa que tiene un alma. Esta ecuación de “casa” a “cuerpo” delinea al panteón chatino conforme a la naturaleza, y en un sentido importante, hace al panteón idéntico a ella. De este modo, la cumbre de la montaña, que se dice que es la “casa” del dios de la lluvia, también se dice que es el dios de la lluvia. Así como “lugar” se equipara con “ser”, la naturaleza se vuelve viva, en un sentido que los occidentales sólo reservan para los animales y los seres humanos.

La “casa” también es básica para la orientación espacial de los chatinos. Comenzando desde el individuo como una casa, este concepto se extiende a casas aún mayores, inclusive las que son así. De esta manera la iglesia, el edificio municipal y el cementerio son, conceptualmente, casa mayores, cada una con su corazón en su centro. Como colección de casas, Yaitepec no sólo tiene cuerpo (en las rutas que conducen al poblado, hay marcados varios ojos, orejas y bocas), sino que también tiene un corazón, el “corazón de Jesús”, una imagen sacra que circula en un ciclo anual, por cada familia



en el pueblo. El corazón de Jesús, además, es el corazón del mundo. Yaitepec está en el centro del cosmos. También es el centro moral del universo, puesto que uno habla con Dios a través del corazón. El corolario de esto es que, entre más lejos se vaya uno del pueblo, menos moral es la gente. Así, por ejemplo, muchas ocasiones se me preguntó: “¿Es verdad que en Estados Unidos se comen a la gente?”, o si Estados Unidos estaba en “el otro lado del mar”, o sea, en el inframundo.

Al otro lado del pueblo hay casas aún mayores. Conceptualmente los maizales son casa. Los dioses y los espíritus tienen casas en las cumbres de las montañas, en cavernas y ríos. Estas, como las casas en el pueblo, son todas ellas mansiones en la casa de Dios del Padre.

Esta extensión metafórica de la “casa”, de la sociedad a la naturaleza, es fundamental, no sólo porque recalca la existencia de un lazo de parentesco entre los mortales, los ancestros, los dioses y la naturaleza, sino también porque establece un armazón común para las transacciones entre ellos. Por tanto, las relaciones de reciprocidad entre estas entidades se expresa, dentro del ritual chatino, como transacciones entre “casas” o “seres”.

Fuente: Greenberg, James B, Religión y economía de los chatinos, México, D.F. Instituto Nacional Indigenista, 1987, pag. 129-132.

